

todo con guineas que salen del Támesis de esta suerte, y cuya salida contribuye á arruinar el cambio de Inglaterra.

No careciendo de verdad respuesta semejante, su contenido bastaba á patentizar la insignificancia de este comercio por licencias, corruptor al par que inconsecuente, origen de pocos beneficios, de muchas inmoralidades, y fundamento de muy apremiantes razones á favor de los numerosos adversarios del bloqueo continental.

No obstante, persistiendo Napoleón en su sistema, vigilando por sí mismo las costas de Francia y de los países aliados; leyendo cotidianamente los partes de entrada y salida de los buques; exigiendo la introducción de las aduanas y de las tropas francesas en Holanda, encargando al mariscal Davout el cuidado de guardar á Brema, Hamburgo y Lubeck, preparándose á volver á ocupar la Pomerania, forzando á Prusia á cerrar Colberg y Koenisberg, estrechando á Rusia, aunque sin lograrlo, á cerrar Riga y San Petersburgo, estaba próximo á conseguir inmensas ventajas. Sin duda podían quedar entreabiertas á los productos de la industria británica algunas salidas, pero teniendo-se que remontar á las extremidades del Norte en buques para volver á bajar después al Mediodía en carros rusos, habrían de llegar á los lugares de consumo tan recargados de precio que fuera imposible el despacho. Practicado el bloqueo continental de este modo y mantenido perseverantemente, sin provocar á guerra al Norte, no podía menos, y se verá así muy en breve, de reducir á Inglaterra á una situación insostenible por lo apurada.

Al par que procuraba Napoleón obligar á los

ingleses á la paz de resultas de un gran descalabro en la Península y de un sistema ruinoso de trabas comerciales, ocupabase con igual actividad en los asuntos interiores del imperio. Al fin se habia apoderado de la gran cuestion de los cultos, que no era la menor de las provocadas por la impetuosidad de su carácter.

Trasladado el papa á Savona y allí preso, se negaba obstinadamente á desempeñar las funciones de la Santa Sede. No habia cisma, como en los últimos tiempos de la revolucion, en que, dividido el clero, dividia á los fieles, y se vengaba de las persecuciones que habia sufrido con turbar el Estado-Únido. Sosegado, sumiso á la sazón el clero, celebraba en todas partes el culto del mismo modo; ignoraba ó fingia ignorar la bula de excomunion fulminada contra Napoleón; criticaba muy generalmente al sumo pontifice por haber recurrido á este extremo y expúestose así ó á revelar la debilidad de sus armas espirituales, ó á conmover un gobierno que, á pesar de sus faltas, se consideraba necesario todavía para la salvacion de todos. Sin embargo, los que pensaban de tal manera desaprobaban fuertemente la traslación violenta del papa; deploraban su encarcelamiento, y deseaban el término de un estado de cosas aflictivo para los buenos católicos y que tarde ó temprano podia degenerar en cisma. Casi unánimemente se anhelaba que el emperador se entendiera con el papa, que proporcionara un establecimiento decoroso al jefe de la Iglesia, sin esperar y aun sin apetecer que se pudiera conseguir la restauracion del poder temporal, considerándose entonces irrevocablemente destruido. ¡Cosa singular! Olvidan-

do en aquel momento, bajo la presión de un gobierno omnipotente, hasta que punto el poder temporal de los pontífices era necesario á la independencia del poder espiritual, la Iglesia, despues tan exigente, se inclinaba á admitir que el papa debía renunciar á sus estados, contentándose con un establecimiento considerable que, por magnífico que se imaginara, no podia en suma ser mas que el de los antiguos patriarcas residentes cerca de los emperadores de Constantinopla.

Tal era el dictámen de la gran mayoría del clero; pero una minoría fogosa, la que habia rechazado el concordato, siendo partícipe de todos los odios de los antiguos realistas, trazaba desconsoladoras pinturas de los padecimientos del papa, esparcía la bula de excomunion con gran diligencia, y provocaba desembozadamente al cisma. Asi sostenía que usurpar el dominio de San Pedro era atacar la fé, que el papa preso se debía negar á todo acto pontificio, que el clero católico, privado de comunicacion con su jefe, se debía negar muy pronto á administrar los sacramentos. En suma, asi como antes, los parlamentos, para vencer al trono, habian pretendido detener el curso de la justicia, estos eclesiásticos, para crear á Napoleon tropiezos, querian avanzar hasta suspender no menos que el ejercicio del culto.

Un ejemplo tocó Napoleon el mismo dia de su matrimonio de los obstáculos que le podian poner los eclesiásticos descontentos ligados con los antiguos realistas. Segun lo enunciamos ya en otra parte, habia llamado á Paris á la mayoría de los dignatarios del gobierno pontificio, reuniendo asi en torno suyo veintiocho cardenales de todas las

naciones, los cuales asistian casi todos los domingos á la misa de su capilla, aun cuando estaba excomulgado. Trece de los veintiocho cardenales faltaron á la ceremonia el dia de su matrimonio, por el motivo, que no se atrevían á dar á las claras, si bien deseando que el público lo comprendiera, de que Napoleon no se habia podido divorciar sin el papa y que subsistiendo por tanto el primer matrimonio, era irregular el segundo. Para discurrir de este modo no habia el menor fundamento, pues no se trataba de divorcio, que, no admitido por la Iglesia, únicamente podia ser decretado por el Papa, sino de anulacion del matrimonio con Josefina, decretada por la jurisdiccion del ordinario, despues de seguidos todos los trámites de la jurisdiccion eclesiástica. Por falso que fuera el motivo indicado, mas bien que alegado, propendia no menos que á tildar de concubina á la augusta princesa, que la córte de Austria habia dado á Napoleon en matrimonio, creyendo hacerlo por los términos regulares, y de consiguiente de hijo adulterino al heredero del imperio, que Francia esperaba entonces con impaciencia.

Napoleon, á quien no se escapaba nada, echó de ver durante la ceremonia nupcial que no asistian á ella todas las *ropas coloradas*, segun solia llamarlas. Contadlos, dijo á un prelado de su capilla; y habiendo averiguado que de los veintiocho faltaban trece, exclamó á media voz y con una violencia á que no pudo poner freno. ¡Insensatos! ¡Siempre los mismos! ¡Ostensiblemente sumisos y secretamente facciosos! ¡Pues ya verán lo que cuesta jugar con mi poder! No bien terminada la ceremonia, llamó al ministro de Policia y le mandó que

arrestara á los trece cardenales, les despojara de la púrpura (por consecuencia de lo cual se les designó con el nombre de cardenales negros), les dispersara por diferentes provincias bajo la vigilancia de las autoridades, y les secuestrara sus rentas eclesiásticas y hasta sus bienes personales.

No se podia responder con mas violencia á una oposicion mas imprudente y condenable. Entre el número de los trece cardenales se hallaba Oppizoni, á quien Napoleon habia nombrado arzobispo de Bolonia, cardenal y senador, sin embargo de las muchas sombras esparcidas sobre la vida privada de este príncipe de la Iglesia. Ante el virey de Italia le hizo comparecer á fin de que en el acto hiciera dimision de sus dignidades eclesiásticas todas, amenazándole en el caso contrario con los mas severos castigos. Aterrorizado el ingrato prelado envió la dimision exigida, vertiendo un torrente de lágrimas, y al punto dejó á París por el retiro, entre destierro y cárcel, que se le habia señalado.

Al dia siguiente de violencias tan deplorables, regocijábanse mucho los secretos instigadores de ellas de la acusacion de adulterio lanzada contra un matrimonio, del cual habia de nacer el heredero del imperio, y de las arbitrariedades de que esta acusacion habia sido causa; y se congratulaban de sembrar así una infinidad de males ante los pasos de un gobierno detestado, y en quien por desdicha la cordura no se equiparaba con la gloria. El clero no cegado por el espíritu de partido, deploraba á la vez la culpa y la pena y ansiaba muy vivamente el fin de un estado de cosas de que se podian derivar las consecuencias mas graves. Tris-

temente era difícil de conseguir que se moderara Napoleon y que se resignara el papa, medio único sin embargo de que entre las dos potestades espiritual y temporal se acordara un ajuste.

Aunque rodeado el papa en Savona de una exquisita vigilancia, bajo las apariencias de las mayores contemplaciones, comunicabase con la porcion bulliciosa de los católicos, y alcanzándosele tanto como á ellos la táctica mas oportuna, se negaba constantemente á todos los actos del pontificado. No queria instituir á los nuevos obispos nombrados por Napoleon, de cuyas resultas habia ya veintisiete sedes vacantes, ni continuar á los obispos la facultad de expedir ciertas dispensas, especialmente para los matrimonios. Así interrumpia hasta donde estaba á su alcance el ejercicio del culto en Francia, lo cual podia redundar en daño del mismo culto ó del gobierno, segun tomaran partido por el papa ó por el emperador las poblaciones. Pio VII, viviendo en el palacio episcopal de Savona, diciendo allí misa todos los dias, echando la bendicion á los fieles que á menudo iban á recibirla desde muy lejos, acogia á las autoridades cortesmente pero con tristeza, y cuando le iustaban á consentir en desempeñar las funciones mas indispensables del pontificado, respondia que carecia de libertad y sobre todo de consejo, pues estaban encarcelados ó reunidos en París alrededor del trono imperial los cardenales; y que en semejante aislamiento no podia dar validez ni eximir de error á ningun acto, no teniendo cerca de sí ninguna de las lumbreras de la Iglesia.

Informado Napoleon de lo que hacia y decia el sumo pontífice por los partes muy benévolos y

conciliadores del prefecto de Montenotte, Mr. de Chabrol, no se quedaba atrás en sutileza de ingenio, y decia que tampoco él tenia prisa, y que interesar al papa se daba á partido, seguiria administrando la Iglesia por ciertos medios, provisionales sin duda, pero suficientes hasta para tiempo muy largo. De consiguiente, respecto de asuntos eclesiásticos habia prescripto el silencio, absteniéndose hacia un año de determinar nada, no solo por cálculo, sino tambien por imposibilidad de abarcarlo todo, pues los negocios se multiplicaban de continuo bajo su mano, aun despues de finalizada la guerra de Austria. Con todo, anhelaba poner término á la querella con el papa, queriendo hacer extensiva á la Iglesia la paz que acababa de dar á la Europa.

El papa que, aun orando con fervor, sentia el peso de sus cadenas, que veia resolverse cotidianamente una porcion de cuestiones importantes, sucederse tratados, divorcios, matrimonios, y que á vueltas de frases muy respetuosas nunca hallaba en boca del prefecto mas que consejos sin esperanza de ajuste, se impacientaba al cabo y hasta casi montaba en ira. ¡En todo se piensa (decia) menos en Dios! Se ocupan en todos los negocios menos en los de la Iglesia. Pues su importancia temporal tienen asimismo, y ya se conocerá si algun dia se llega á interrumpir la cadena de las prosperidades. ¡Se me quiere apurar la paciencia! Pues bien, usaré de nuevas armas, ocasionaré un nuevo estampido, recurriré á los medios que Dios ha puesto en mis manos para salvar su Iglesia..... Y sin explicarse mas el pontífice infortunado, pasando de la paciencia á la exaltacion como los carac-

téres dulces y vivos, daba á entender en términos amenazadores que provocaria un cisma, apelando solemnemente a las conciencias, y volveria á poner al gobierno imperial en la misma situacion embarazosa en que se habian visto los gobiernos revolucionarios, porque del cisma la guerra civil dista poco. Despues de estas amenazas tornaba á caer en su abatimiento y su dulzura, se esparcia en largas conversaciones con el prefecto y le preguntaba de continuo como era que aquel general Bonaparte, á quien habia amado tanto, cuya eleccion habia tanto favorecido, por quien tanta oposicion habia arrostrado para irle á consagrar en París, podia pagarle con ingratitud tanta, y oprimirle, humillarle, y conmover la Iglesia despues de haberla restablecido tan hábil y valerosamente con el acto glorioso del concordato..... Y se manifestaba confuso de asombro y de pena ante tan extrañas contradicciones. Mr. de Chabrol le prodigaba consuelos, le tranquilizaba, y le hacia esperar que se ajustaria al fin todo, sin decirle precisamente bajo que condiciones, aunque dejándole adivinar que seria á costa de su poder temporal. A esto el papa no respondia cosa alguna, afectando no cuidarse mas que de los intereses del poder espiritual.

Ello era forzoso acabar y venir á un ajuste cualquiera, y nadie lo conocia mejor que Napoleón, viendo y tocando que los medios provisionales adoptados para gobernar á la Iglesia sin la participacion de su gefe eran insuficientes, muy controvertidos, muy contrariados, y en su aplicacion especialmente. Veintisiete sedes habian quedado vacantes en el imperio desde que se indispuso con Roma: sabi-

do es que sin su obispo ó un representante suyo toda diócesis se halla detenida en su marcha, que está sin gobernar el clero, que ciertos actos de la vida civil están en suspenso, porque entre católicos la vida civil se consume á su vista, como que la religion la consagra. Acaso mas grave que la privacion de un obispo es la existencia de un obispo no aceptado por los fieles, pues quiere mandar y no es obedecido, con lo que la Iglesia no se halla en expectativa, sino en revuelta; y no otro era el peligro de las veintisiete sedes vacantes, ya que no siendo Napoleon hombre para tener ociosa su prerogativa, apresuróse á proveerlas de nuevos titulares. Propuesto habia al papa que confiriera la institucion canónica á los prelados elegidos, consintiendo en que el pontifice no mencionara en las bulas el soberano temporal de quien confirmaba los actos. Sin peligro de su autoridad podía Napoleon hacer gala de tal modestia; pero no queria, y con razon, que se empleara una fórmula de que usa el papa respecto de sedes sobre las cuales reune el doble poder de nombrar y de instituir los obispos, fórmula calificada de *motu proprio*. Cabalmente era la que el papa habia empleado para Mr. de Pradts, trasladado de la silla de Poitiers á la de Malinas. Siendo no la omision, sino la negacion de su autoridad, Napoleon rechazó estas bulas y quiso que se apoderaran del gobierno de sus diócesis los obispos á quienes habia nombrado, bien que no estuvieran instituidos; y para suministrarles el modo de hacerlo, recurrió á un expediente indicado por los antiguos usos de la Iglesia, invistiéndoles con la calidad de *vicarios capitulares*.

Con efecto, cuando por muerte de su pastor queda vacante una sede, bajo el título de vicario capitular elige el cabildo de la diócesis un administrador provisional de ella, que hasta la institucion del nuevo titular desempeña las funciones del episcopado, bien que se limita á las indispensables y no goza de ninguno de los honores de la dignidad que representa. Antes los obispos nombrados eran elegidos á veces vicarios capitulares y entraban en posesion inmediata de sus sillas. No pudiendo Napoleon obtener las bulas tales como las deseaba, se propuso que los individuos nombrados fueran investidos con la calidad de vicarios capitulares; pero casi en todas partes halló una vivisima resistencia. Generalmente los cabildos habian elegido su administrador provisional antes de que Napoleon nombrara los nuevos prelados. De consiguiente, alegaban la eleccion ya hecha para no proceder á la segunda, ó bien, cuando eran mas atrevidos, osaban sostener que obrar como se les mandaba equivalia á anular por rodeos la institucion canónica perteneciente al papa, y negaban que las reglas de la Iglesia permitiesen conferir á los obispos nombrados la calidad de vicarios capitulares.

Verdadera ó falsa les acomodaba esta doctrina, pues muy luego se penetraron de que, prestandose á la administracion provisional de las iglesias, quitaban al papa el medio mas seguro de atajar á Napoleon en su camino; pero semejante medio se resentia de peligroso, dado que atajar á un hombre como Napoleon no era fácil, y que interrumpir el mismo culto, á trueque de lograrlo, no era muy piadoso. Vánamente algunos eclesiásticos ilustra-

dos, haciendo memoria de que Enrique VIII pudo, á impulsos de causas oprobiosas, segregar de la Iglesia católica á una de las mas grandes naciones del globo, conjeturaban que Napoleon, con poder muy superior al de Enrique VIII, y fundado en causas muy de otra manera sostenibles, podria ocasionar mayores daños que el monarca ingles á la Iglesia, sobre todo en un siglo indiferente, mucho mas de temer que un siglo hostil. Mas obcecados por sus pasiones los instigadores de la oposicion clerical, se curaban poco del riesgo de la religion, y aun habian trasladado á Paris el teatro de esta aventuradísima guerra. Lo acontecido en tan importante sede ofrecia el mas vivo cuadro de la Iglesia francesa de entonces y de las relaciones de Napoleon con la misma.

Habiendo quedado la mitra arzobispal de Paris vacante, Napoleon nombró para que se la ciñera al cardenal Fesch, su tío. Apenas elegido éste, se condujo entre el clero al modo que los hermanos de Napoleon en sus reinos, pensando, no en pagar la deuda de gratitud contraida, sino en popularizarse. Como ya hemos dicho, el cardenal Fesch, transformado súbito de proveedor de ejército en católico fervoroso y austero prelado, quiso hacerse ídolo del clero, como Luis de los holandeses, José de los españoles, Murat de los napolitanos, y aparentando sumision delante de su terrible sobrino, cuando no estaba en su presencia jamás perdía la conyuntura de gemir hipócritamente por los males de la Iglesia, juraba arrostrar el martirio primero que doblegarse á la tiranía, y afectaba desdeñar un parentesco, del cual estaba mas orgulloso, y hacia el clero mayor caso que de sus

equivocas virtudes. Indignado Napoleon de tanta ingratitude y arrogancia, le trataba con aspereza, y mas cuando llegaba á hacer ostentacion ante sus ojos de un saber teológico de fresca data, pues le preguntaba si habia aprendido lo que sabia especulando con el pan del soldado. Traedme (le decia) al abate Emery ó a Mr. Duvoisin; que esos saben lo que se dicen y valen la pena de ser oidos. Con efecto, el abate Emery, eclesiástico docto, tan fervoroso como ilustrado, que habia rehusado todas las diócesis por seguir de rector del seminario de San Sulpicio, vivia reverenciado al frente de aquel establecimiento, que habia provisto de curas y prelados casi á toda Francia. Secretamente era realista y enemigo de Napoleon, quien lo sabia sin que le importara gran cosa. Mr. Duvoisin, obispo de Nantes, era un prelado fiel á sus deberes, muy instruido y dotado de prudencia suma. Asi creía que en vez de minar el poder del gran emperador, se necesitaba moderarlo, dirigirlo y atraerlo á la Iglesia. Napoleon gustaba de oír á Mr. Emery, pero no defería mas que á los dictámenes de Mr. Duvoisin, y por lo que hace á su tío, ni escuchaba sus discursos, ni se atenia á sus consejos.

Luego de nombrar al cardenal Fesch arzobispo de Paris, siéndolo ya de Lion, quiso que se apoderara de la sede y la gobernara como titular definitivo. Resistiólo el cardenal ante todo por no desagradar al pueblo, y despues con el fin de ser arzobispo de Paris y de Lion á un tiempo mismo, juntando asi las dos principales mitras del imperio. Esta acumulacion de dos sedes no carecia de ejemplares, pero, consultado el papa, negóse á

consentir semejante abuso, rebuscado mal á propósito en los tiempos antiguos, y exigió que optase el cardenal entre Lion y Paris, sin prestarse á instituirle, como á ninguno de los demas nuevos titulares.

Empeñándose el cardenal en conservar la sede de Lion, como que allí era titular *nombrado é instituido*, persistia en llamarse cardenal arzobispo de Lion y simple administrador de la diócesis de Paris. Con objeto de hacer mas patente la situacion en que se habia colocado, no moraba en el palacio arzobispal de Paris, sino en una casa suya de la calle de Monte Blanco. Mientras dejaba que languidciesen los asuntos de la Iglesia, toleró Napoleon la conducta equívoca de su tio; mas llegada la época de tratar formalmente de ellos, y habiendo ido por casualidad al templo de Nuestra Señora al hacer no sé qué visita de varios puntos, no encontró allí al cardenal Fesch. Semejante circunstancia hizole conocer la inconveniencia de la posicion que este habia tomado, y le dijo que cuando honraba al clero de la metrópoli con su visita, queria ver al arzobispo de Paris al pie de las torres de Nuestro Señora. Despues de transmitirle esta apóstrofe por la via del ministro de Cultos, le intimó que optara sin dilacion entre las dos sedes. Obligado el cardenal á elegir de seguida, creyó mas seguro y conforme á su política ordinaria decidirse por el clero ortodoxo, optando por Lion, sede en que estaba canónicamente investido. Al punto se alzó un grito en todas las sacristías de Francia á favor de prelado tan desinteresado, tan fiel á la Iglesia, por quien hacia tan nobles sacrificios, y ensalzóse su valor y abnega-

cion por donde quiera. A lo cual replicó Napoleon haciendo una eleccion ruidosa para el arzobispado vacante en la persona del cardenal de Maury, que debia excitar los celos del arzobispo dimisionario.

Aquel ilustre defensor de la Iglesia, que tanta elocuencia habia ostentado en la Asamblea constituyente y tanto valor y talento; que con sus agudezas y su sangre fria supo defender al clero, á la manera que un noble formado en la escuela de Voltaire hubiera podido hacer la defensa de la aristocracia; retirado luego á Roma, tras de vivir allí quince años en destierro y consolado por buenos libros, abrazó al cabo con afan la ocasion de volver á su patria; y por manifestarse agradecido á Napoleon, á quien debia su regreso, en solo un dia perdió el fruto de la mas gloriosa lucha, y de idolo del clero y de los realistas vino á ser objeto de su desden y casi de su odio. No estaba exento de los defectos que á veces acompañan al talento y á la piedad misma, le gustaba la mesa, la familiaridad excesiva; no se habia corregido de tales defectos en Italia; y de aquí las hipócritas medianías de la Iglesia sacaban pretextos para denigrarle; y á pesar de su talento y de su gloria, no ejercia gran influencia sobre el clero. Particularmente el cardenal Fesch nutria en su contra los mas fogosos celos; mas Napoleon, á quien no vino mal ocasionar á su tio la doble pena de conferir la mitra de Paris, y de conferirla á un célebre personaje, no consiguió oponerle así un contrapeso, porque todos los talentos del cardenal Maury no bastaban para luchar en influencia con la hipocresía, el pedantismo, la ingratitude y hasta el parentesco del cardenal Fesch.

Apenas firmado este nombramiento, exigió Napoleón que el cardenal Maury fuera investido con la administracion de la diócesis, lo cual no se atrevió á resistir el cabildo, si bien dió ocasion á triquiñuelas continuas y verdaderamente degradantes para el cardenal, para su clero y para la autoridad imperial. No hallaba obstáculos el nuevo arzobispo en la administracion de la diócesis, ni en la presidencia de las ceremonias ordinarias; pero si, conforme al privilegio de su dignidad, hacia llevar delante de él la cruz en determinadas solemnidades, parte del clero abandonaba el altar y dejaba allí atónitos á los clérigos inferiores y á los fieles. Por la noche en los círculos devotos y realistas se comentaban alegremente los desaires hechos, como elegido por el favor imperial, al antiguo defensor de la Iglesia y la aristocracia.

Apelando el cardenal Maury á su adhesión acrisolada, apresuróse á escribir al sumo pontífice para obtener la entrada en posesion provisional de la diócesis de París, ya que no pudiera las bulas; y se aguardaba la respuesta, sin esperarla favorable.

Vistas son las varias y continuas dificultades que surgian de la administracion provisional de la diócesis: á Napoleón le inquietaban poco, fiando en que pronto se ajustarian sus disidencias con el papa. A fin de vencerle con resoluciones ya tomadas, y de las cuales nadie se pudiera lisonjear de retroceder, dióse gran prisa á convertir en estatuto organico la reunion de los Estados Pontificios. Ya habia decretado la de los ducados de Parma y Placencia bajo el titulo de departamento del Taro, y la de Toscana bajo los de departamentos del

Arno, del Ombrone y del Mediterráneo. Ahora incorporó la provincia romana con los títulos de departamentos del Trasimeno y del Tiber. Por este senado-consulta, uno de los mas notables y famosos de aquellos dias, declaró á Roma segunda ciudad del imperio; estableció que el heredero del trono, cuyo nacimiento se anunciaba cual si se poseyera el secreto de la naturaleza, llevaria el título de rey de Roma, y seria consagrado sucesivamente en Nuestra Señora y en San Pedro: además resolvió que siempre un príncipe de la sangre tendria su corte en Roma; que los papas residirian cerca de los emperadores, alternando entre Roma y París, gozarian de una dotacion pingüe, prestarian juramento al imperio, y tendrian en su rededor los tribunales de la penitenciaria, de la dataría, el sacro colegio, y en suma todos los establecimientos de la cancilleria romana, que se trasladarian á París y se contarían entre los gastos imperiales. A continuacion de estas resoluciones dispuso Napoleón inmediatamente que en el arzobispado de París, en el Panteon y en San Dionisio se ejecutaran las obras necesarias para albergar al gobierno pontificio y hasta al pontífice en persona. De igual modo proyectólas en Aviñon para que, aun morando habitualmente en París y á su lado, pudiera el papa ir á las diversas y antiguas residencias de sus antecesores.

Bajo la ilusion de un sueño cree uno estar al oír contar estas cosas, que la misma Iglesia distaba entonces mucho de considerar imposibles. Napoleón juzgaba que, tras algunos dias de asombro, se acostumbrarian las gentes á este nuevo estado; que residiendo el papa cerca de él se mostraria

mas complaciente; que algun espíritu francés adquirirían los cardenales de resultas de morar en Francia; y que por último, ante espectáculo tan prodigioso, casi trasunto del imperio de Occidente, pasmados los contemporáneos del cabal triunfo, articularían aun sin intencion deliberada el codiciado título de emperador de Occidente, título al cual Napoleon lo sacrificó todo, todo, hasta su mismo imperio.

Alimentando con fruicion en su mente tales esperanzas, Napoleon no tenia mas que un desvelo y era el de darse prisa, pues el ajuste con el papa que le parecia muy cercano, abarcaba todo lo concerniente al régimen de la Iglesia. Asi dedicóse sin tardanza á regular el establecimiento eclesiástico que habria que dejar en Roma, á dislocar el antiguo y constituir el nuevo, de suerte que, hallándolo el papa consumado todo cuando se llegara á las conferencias, se viese obligado á aceptar como irrevocablemente cumplidas las variaciones que le pudieran ocasionar mayor desagrado.

Treinta diócesis existían en la provincia romana para una poblacion de ochocientos mil habitantes, muchas de las cuales, bajo el nombre de *sedes suburbicarias*, suministraban títulos y dotaciones á los principales miembros del sacro colegio. Además habia innumerable porcion de conventos y de curatos ricamente dotados y que absorbían las rentas de muy considerables bienes. Sin vacilar Napoleon abolió todas las sedes del Estado romano, menos tres que fueron dotadas cada una con treinta mil francos de renta; suprimió los conventos de hombres y de mugeres, señalando pensiones vita-

licias á los individuos de las órdenes suprimidas; exigió que prestaran juramento los curas todos; mandó que fueran desterrados á Córcega los que se negaran á prestarlo; y decretó una nueva division menos reducida y mas económica de parroquias. Igualmente prescribió la supresion de las órdenes religiosas en Toscana, Parma y Placencia, no dejando subsistentes mas que algunos conventos de mugeres y algunas comunidades dedicadas á obras de misericordia: hizo secuestrar todos los bienes eclesiásticos de los Estados pontificios, que ascendían á 230.000,000, aplicando 100 á la deuda romana, á los hospicios á las nuevas sedes, y de los 150 restantes dispuso en favor del dominio del estado al cual los declaró reunidos.

Dados con increíble celeridad estos decretos, se despacharon no menos rapidamente á Roma, para que acto continuo se pusieran en planta. De Ancona, Bolonia, Perugia, marcharon sobre Roma tres columnas de infantería, proporcionando asi al general Miollis un refuerzo de nueve ó diez mil hombres para el caso de que necesitara valerse de ellos contra una poblacion muy influida por los frailes. Segun las órdenes á este general expedidas, al menor movimiento que se notara, trataría á los romanos tan sin contemplaciones como se trataba á los españoles. «Merced á la paz (escribia Napoleon) tengo tiempo y tropas disponibles, y es menester que se aprovechen para redondear todos los asuntos pendientes. Además, de aqui á dos meses trataré con el papa, no creo posible que oponga resistencia: habrá de venir á un ajuste, y aceptará por consiguiente como consumadas las variaciones introducidas en el Estado de la Iglesia.»